

Excmo. Sr. Jefe de Estado Mayor de la Defensa, Excmo. Sr Almirante Jefe de Personal de la Armada, Excmos., Sres. Almirantes y Generales, Sres. Oficiales, Sras. y Sres., queridos alumnos.

Es un honor para este centro contar entre sus muros con este prestigioso conjunto de personas que nos acompañan en un día tan significativo para nosotros. El día que celebramos nuestro centenario. Vaya por ello en nombre del colegio mi más sincero agradecimiento por estar hoy aquí compartiendo nuestras emociones y nuestro júbilo.

Quiero resaltar especialmente la presencia de una nutrida representación de antiguos alumnos, los más antiguos que pudimos encontrar, como así les decía cuando contactaba con ellos para invitarles a este entrañable acto, así como de un cualificado grupo de viejos profesores y de personal no docente, que dedicaron al CHA muchos de los años de sus vidas. Les aseguro que nunca he percibido tanta ilusión como la que me transmitían esas personas cada vez que les solicitábamos que nos honraran con su presencia. Hubiéramos deseado que esta representación hubiera sido más numerosa pero desgraciadamente, tanto las limitaciones de espacio como las dificultades para contactar con ellos no lo han hecho posible.

Quiero también destacar y agradecer la compañía en este acto de los familiares descendientes directos del CA. Jáudenes, aquel entonces joven oficial de la Armada, a cuyo entusiasmo y tesón se debe la construcción de este entrañable edificio; el colegio de Nuestra Señora del Carmen, el CHA, nuestro querido CHA.

Pero, antes de continuar con lo que han supuesto 100 años de historia de nuestro colegio, permítanme, en primer lugar, que felicite a las personas que hoy han sido galardonadas.

Queridas Ana y Trinidad, mi más cordial enhorabuena; esta recompensa que hoy recibís es el reconocimiento de la Armada a una dedicación en vuestro trabajo que va más allá del mero cumplimiento del deber. Vuestra entrega y dedicación, por encima de lo normal, os han hecho acreedoras de esta distinción que aun adquiere mayor valor cuando se produce dentro del marco del excelente cuadro de profesionales que conforman la plantilla de este colegio. Lucidlas pues con orgullo porque habéis demostrado ser de las mejores entre los buenos. Habéis acreditado con creces vuestra vocación de servicio y vuestro compromiso con el centro. Continuar en esta línea; el CHA necesita personas como vosotras.

Y las necesita porque personas como vosotras son las que hacen posible que el Colegio, siga manteniendo hoy día el prestigio que ha gozado a lo largo de su dilatada historia.

Una historia de cien años. Un siglo transcurrido desde aquel lejano 13 de febrero del 1913, cuando SM. El Rey D. Alfonso XIII, en una solemne ceremonia, pusiera la

primera piedra de este edificio que desafiando el paso del tiempo, hoy, como ayer, sigue siendo un elemento emblemático del Pinar de Chamartín.

El colegio Nuestra Señora del Carmen, el CHA, con su inconfundible arquitectura, fue el adelantado de la Armada en esta zona. Luego vendrían la Estación Radio, La Agrupación de Infantería de Marina, la Escuela de Ingenieros, el CIDA y otras muchas dependencias, hasta convertir este rincón madrileño en una pequeña base naval, tierra adentro, de la que el CHA emerge como su buque insignia.

Pero el CHA no es solo un edificio más o menos noble, más o menos grande, o más o menos bello. El CHA es, sobre todo y por encima de todo, la institución a la que da cobijo; el Colegio, con mayúsculas, entendido no como su infraestructura, que también, sino, sobre todo, como una comunidad formada por padres, alumnos, profesores y personal no docente, unida por una misma forma de entender la formación de nuestros niños y adolescentes.

Porque cuando hace algo más de 100 años se colocaba la primera piedra de este edificio, se estaban sentando las bases de un proyecto educativo con el que había soñado aquel Capitán de Corbeta, José Jáudenes, que había comprendido que la mejor ayuda que podían recibir aquellos huérfanos que la realidad social de España dejaba en situación de total desamparo, era la de proporcionarles una sólida formación que les permitiera enfrentar, con garantías de éxito, un futuro que de otra forma se prometía incierto en las condiciones de postración que vivía nuestra patria.

Y aquella formación no podía relegarse exclusivamente a proporcionar a los huérfanos una enseñanza de calidad, que lo era, sino a darles además una sólida formación humana que hiciera de ellos personas integrales y responsables.

Con esas premisas iniciaba su andadura el Colegio Nuestra Señora de Carmen hoy más conocido por el CHA. Una andadura a través de un siglo en la historia de España en la que esta institución ha pasado por múltiples vicisitudes en función de los cambios que la evolución de la sociedad española imponía.

Y así, de aquellos 65 alumnos, todos chicos, la mayoría huérfanos, que, en régimen de internado, inauguraron sus instalaciones el 1 de julio de 1917, hemos pasado a los 710 actuales, de los que más de la mitad lo constituye el alumnado femenino. Mientras el colegio ha perdido, hace ya tiempo, su carácter de colegio para huérfanos, cumpliendo hoy día una función social bien distinta.

Y esta transformación ha tenido lugar a lo largo de 100 años, un siglo; un siglo en los que los muros del CHA, han sido mudos testigos de tantos cambios que cuando contemplamos sorprendidos y sonrientes esas fotografías antiguas que ahora exponemos en el patio de metopas, nos cuesta a veces reconocer que pertenecen a nuestro querido Colegio.

Si estos muros pudieran hablar nos podrían contar miles de anécdotas. Nos hablarían orgullosos de las modélicas instalaciones que albergaron cuando lo construyeron. Nos hablarían de los tristes años de la Guerra Civil en los que suspendida

la función docente, sus paredes sirvieron de acuartelamiento para las tropas de “El Campesino” para finalizar, posteriormente, la contienda convertido en hospital.

También nos contarían sus muros historias de los duros años de la posguerra, con sus carencias pero en los que el colegio acogió y sacó adelante a un número no pequeño de huérfanos, de ambos bandos, que no solo encontraron entre sus paredes un auténtico hogar sino que tuvieron la suerte de contar posiblemente con el mejor cuadro de profesores que podría reunirse en aquella época.

Y estos muros nos dirían, sí hablaran, que hace 58 años, tuvieron el privilegio de acoger, durante 6 meses, a un alumno singular llamado Juan Carlos de Borbón y Borbón, antes de que este iniciara su paso por las Academias Militares.

Y nos hablarían de la construcción en 1960 del nuevo internado y del colegio hermano, al otro lado de la calle, el colegio de huérfanos de Suboficiales, el Rosario, el CHAS, con el que 16 años más tarde se fusionaría.

Y de la llegada de las primeras niñas, en preescolar, allá por los años 80, y de la aparición de las aulas de informática, y de cómo las entrañas del colegio se removían y se transformaban para adaptar sus espacios a las crecientes exigencias que los tiempos demandaban.

Muchas, demasiadas historias, imposibles de resumir aquí en este breve espacio de tiempo, son las que podrían contarnos los viejos muros de este edificio, porque fueron, son, muchos sus años de servicio; muchas las personas que pasaron por él como alumnos, profesores, educadores, inspectores, celadores, conductores y un largo etc. de ocupaciones, que con su trabajo cotidiano mantuvieron vivo ese proyecto educativo con el que un día había soñado el Capitán de Corbeta Jáudenes Clavijo.

Un proyecto, inspirado en una concepción cristiana del hombre y de la vida, basado, como figura en el ideario del colegio, en proporcionar a nuestros alumnos una formación integral fomentando una serie de valores humanos, religiosos, patrióticos y cívicos, al margen de cualquier acepción política, con los que tratamos de hacer de ellos personas libres, responsables y solidarias, que puedan contribuir el día de mañana a construir una sociedad mejor y más justa.

Un proyecto que persigue, por otra parte, la excelencia académica por encima de cualquier otro condicionamiento, porque estamos convencidos que solo una enseñanza de calidad permitirá a nuestros escolares afrontar con garantías de éxito las exigencias de su futura formación fuera de las aulas del colegio.

Esa es la esencia del CHA, ese es el legado que recibimos y mantenerlo es nuestro deber y nuestra principal responsabilidad. Se lo debemos a aquellos que nos precedieron y no podemos defraudarles.

Pero si este proyecto es la piedra angular sobre la que se asienta esta querida institución, no es menos importante para el colegio su vinculación con la Armada. Somos Armada; nos sentimos Armada; estamos orgullosos de pertenecer a la Armada.

No concebimos otra forma de existir más que en el seno de la Armada. Ella inspira e impregna nuestros símbolos, nuestras costumbres, nuestras tradiciones y, sobre todo, nuestra forma ser y de hacer. Sin su apoyo y su cariño difícilmente podríamos haber llegado a donde estamos.

Y esta vinculación a la Armada ha tenido un importante reflejo en sus escalafones en los que hasta hace no mucho tiempo, más de la mitad de sus oficiales habían pasado por las aulas del CHA. Se podría decir que, en gran medida, la Escuela Naval era una prolongación del CHA por el alto número de alumnos que ingresaban procedentes de aquella prestigiosa sección de preparación para el ingreso, los de “prepa”, que tantos éxitos cosechó en su historia.

Hoy día, desaparecido el sistema de oposición para el acceso a la carrera militar, el CHA quiere, no obstante, como hijo agradecido, devolverle a la Armada su apoyo y su cariño tratando de hacer del colegio un auténtico semillero de vocaciones. Para ello no solo es preciso acercar el conocimiento de la Armada a nuestros alumnos sino que tenemos que ser capaces de proyectar hacia ellos nuestro amor a la profesión a través de nuestra forma de hacer las cosas, nuestra ilusión y nuestra entrega.

Y así con ese proyecto educativo soñado por el Capitán de Corbeta Jáudenes y bajo el amparo de la Armada, el CHA ha recorrido sus 100 años de historia manteniendo íntegro su espíritu, ese espíritu que hace que aquellos antiguos alumnos que vivieron los tiempos difíciles de la posguerra bajo unas rígidas normas de disciplina, y estos profesores y personal no docente que dedicaron muchos de los años de su vida al colegio, se encuentren hoy aquí reunidos ilusionados, participando de este solemne acto, identificados, a pesar de los años transcurridos, con su querido CHA.

Ese es el espíritu que queremos inculcar a nuestros alumnos, el espíritu del CHA; un espíritu que es más que un mero sentimiento nostálgico de tiempos pasados; que es una forma de entender la vida con vocación de servicio; una vida basada en valores como el esfuerzo, la honradez y la responsabilidad.

Y se los queremos inculcar porque estamos convencidos que ese es el camino correcto; y estamos convencidos porque así lo avalan nuestros resultados académicos; y porque así lo podemos comprobar cuando contemplamos a esos alumnos que pasaron por nuestras aulas, y que hoy son ciudadanos honrados, responsables y trabajadores, habiendo alcanzado, muchos de ellos, los más altos niveles en sus ámbitos profesionales.

No es una tarea sencilla y menos en los difíciles tiempos que vivimos. Sin embargo, no me cabe ninguna duda que el CHA sabrá continuar con éxito la brillante labor emprendida hace ahora cien años y que sabrá mantener el prestigio labrado a través de un siglo de su historia.

Porque aunque nuestros recursos económicos sean limitados, y no dispongamos de lujosas instalaciones, y las paredes de este viejo edificio acusen las marcas del paso

del tiempo, tenemos el mejor caudal que podamos desear, las personas que componen esta comunidad educativa que es la gran familia del CHA.

Tenemos un maravilloso grupo de alumnos que nos prestigian por donde pasan, un excelente claustro de profesores competentes y comprometidos y una inestimable plantilla de personal no docente que con su abnegada entrega hacen posible que el colegio pueda desarrollar su importante labor formativa.

Así, este viejo buque de 100 años aún conserva sus cuadernas sólidas y fuertes y se encuentra alistado para enfrentarse a las muchas singladuras que todavía le aguardan por la proa. Estamos seguros que seguirá por muchos años cumpliendo eficazmente su misión y que nunca defraudará a los que han puesto su confianza en él.

No quiero acabar mis palabras si antes dedicar un emocionado recuerdo a aquellos que nos precedieron y que vivieron y dieron sus vidas por Dios y por España. Ellos se fueron pero su esencia permanece entre nosotros pues, al igual que los que aquí estamos, llevaban el espíritu del CHA en sus corazones. Vaya para ellos nuestro más sentido homenaje.

Finalmente quiero agradecer a todos los invitados a este acto que nos honran con su presencia que hayan querido acompañarnos en un día tan señalado para nosotros. En nombre de todo el colegio, muchas gracias.

QUE NUESTRA PATRONA LA VIRGEN DEL CARMEN NOS GUÍE Y NOS AMPARE.

GRACIAS.